

**ARCHIVO DE LENGUAS INDÍGENAS
DE MÉXICO**

**Chichimeco de Misión
de Chichimecas, San Luis
de la Paz, Guanajuato**

Yolanda Lastra



EL COLEGIO DE MÉXICO

CONTENIDO

PRÓLOGO	9
INTRODUCCIÓN	21
ABREVIATURAS	29
FONOLOGÍA	31
Fonemas	31
Vocales	31
Consonantes	33
Tonos	36
Alófonos	36
Morfofonémica	37
Contrastes	38
NOTA INTRODUCTORIA	41
Cuento del águila por Jorge Mata	42
La bruja y el sombrero por Trinidad García García	45

Conversación entre María Guadalupe Quevedo López y Carolina García Mata	51
APUNTES SOBRE LA GRAMÁTICA DEL CHICHIMECO	57
SINTAXIS	67
LÉXICO	163
BIBLIOGRAFÍA CITADA	189

PRÓLOGO¹

La Sierra Gorda, que comprende parte de los estados de Guanajuato, Querétaro y San Luis Potosí, es la región en donde se halla el único lugar en que se habla úza', la lengua de que se ocupa el presente libro. Es plausible que la población prehispánica de dicha región haya participado significativamente en la conformación de Mesoamérica o al menos en la expansión de ésta hacia el norte de su área central. Lo anterior se tasaría en proporción al conocimiento, adaptación, asimilación, reproducción y difusión —posiblemente, pues hasta la aportación, renovación o innovación— que tuvo aquella población de uno u otro de los rasgos que definieron a Mesoamérica como una gran zona geocultural.

Si bien este planteamiento se opone a la idea del nomadismo, el sistema de vida atribuido en general a quienes en la antigüedad ocuparon la referida serranía, el vocabulario de la lengua úza' parece ofrecer pruebas a favor del sedentarismo. En efecto, además de con-

¹ Hago público mi agradecimiento a Manuel Martínez López (hablante de úza') y a Óscar Zamora Alarcón, colaboradores del Instituto Nacional de Lenguas Indígenas, así como a José Alonso Laguna Delgado, por la información que me proporcionaron para elaborar estas líneas. Por su parte, la forma en que aquí escribo el úza' —o chichimeco jonaz— corresponde a una de las propuestas de ortografía práctica desarrollada por algunos de los hablantes de dicha lengua; en tal propuesta, se emplea <ë> para representar la vocal [æ], el apóstrofo <'> para el "saltillo", el acento para el tono alto (el tono bajo no tiene representación ortográfica) y el subrayado para las vocales nasales.

tar con la terminología de los elementos culturales en cierto modo diagnósticos, tales como *milpa*, *metate*, *tortilla*, *arco/flecha* o el sistema de numeración vigesimal, dicho vocabulario presenta por igual expresiones referentes a entidades domesticadas —o al menos aprovechadas de alguna manera— del medio natural mesoamericano, como por ejemplo los vegetales *maíz*, *frijol*, *calabaza*, *chile*, *maguey* o *algodón*; y los animales *pato*, *conejo*, *rata* o *venado*.²

Cualquiera que haya sido el grado de participación de los remotos hablantes del úzā' en las dinámicas mesoamericanas, es de suponerse que éstos no actuaron solos sino que lo hicieron junto con el resto de los indígenas de aquellas latitudes. Son muy escasos los elementos llegados hasta ahora que nos hablan de esa vida pretérita. Sin embargo, la genealogía y la reconstrucción lingüísticas arrojan algo de luz en ese respecto. Por una parte, ha sido identificado, al interior de la extensa familia lingüística oto-mangue, un subconjunto de idiomas llamado otopame, integrado por el otomí, el mazahua, el matlatzinca, el tlahuica, el úzā' —o chichimeco jonaz— y el pame. Y por otra, la reconstrucción del proto otopame³ nos permite, más específicamente, proponer hipótesis sobre la participación de los antiguos hablantes del úzā' en la mesoamericanización de su entorno, sea que hayan actuado relativamente juntos o relativamente independientes de sus vecinos, emparentados con ellos o no desde la perspectiva lingüística. Complementariamente, debe considerarse también que los ézā'r, o hablantes de úzā', llaman ezáhr a los otomíes, lo que sugiere distintos tipos de parentescos y afinidades, dada la enorme semejanza entre estas dos palabras.⁴

² En la sección *Léxico* de esta obra se podrán encontrar más de estos elementos, a los que se pueden añadir otros tantos como tár'ër "honda" y batsá "chilcuage" (una raíz que es anestésico natural, que tiene varias propiedades medicinales y que también se emplea como condimento).

³ Véanse la tesis doctoral de Doris Aileen Bartholomew: *The reconstruction of Otopamean (Mexico)*, Universidad de Chicago, 1965; el trabajo de Daniel Cazés: "Materiales lingüísticos para la reconstrucción de la cultura hña-maclasinca--meco (otopame)", en *Amerindia, Revue d'ethnolinguistique amérindienne*, Paris, Selaf, 1977, 2, pp. 71-101; así como el artículo de Yolanda Lastra y Alejandro Terrazas: "Interpretación de posibles actividades agrícolas prehispánicas a partir del análisis del chichimeco jonaz", en *Anales de Antropología*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, vol. 40-II, pp. 165-187.

⁴ Los ézā'r —o chichimecas— llaman en general kithús a la población mexicana no indígena, así como a la lengua castellana. Además, también emplean el término

Así las cosas, en el siglo XVI de la cuenta occidental del tiempo, Mesoamérica y sus alrededores sucumbieron ante las ambiciones de la corona española. Quienes campeaban en aquel entonces por la geografía nombrada precisamente “La Gran Chichimeca” enfrentaron a los invasores con más fiereza que la que parecen haber mostrado los habitantes de otros espacios del actual territorio mexicano. No obstante, durante el periodo virreinal, los hablantes del *úza'* fueron reducidos a misiones, como fielmente lo atestigua el nombre que los externos damos al *ránzo úza'*, su último reducto: la Misión de Chichimecas (en el municipio de San Luis de la Paz, Gto.); así como la aplicación de la misma categoría, misión, a los parajes de Arnedo, Santa Rosa (ambos en el Mpio. de Victoria, Gto.), Palmas (Mpio. de Peñamiller, Qro.) y San Pedro (Mpio. de Colón, Qro.). Por lo demás, éstas figuran entre las localidades en donde también se habló el *úza'* hasta las primeras décadas del siglo XX.⁵

A partir de aquella centuria, tanto la lengua *úza'* como sus usuarios comenzaron a recibir nombres que posiblemente nunca antes habían ostentado, o que ya se empleaban pero que ahora circulaban ya con determinadas connotaciones. Entre otros, se encuentran los nombres “chichimeca” o “chichimeco”, “meco”, “serrano”, “pame” y “jonaz”. El primero de éstos cuenta desde entonces con un amplio abanico de referentes. Sin embargo, el historiador Ixtlilxóchitl anotó en 1616 que: “...este apellido y nombre de chichimeca... es vocablo propio de esta nación, que quiere decir las águilas, y no lo que suena en la lengua mexicana.” Según podemos apreciar, tal aseveración no ha sido considerada en su justa dimensión, siguiéndose de ello la generalización de ver en “chichimeca” una palabra del mexicano o náhuatl que se ha venido traduciendo, según el caso, con sentido canófilo o canofóbico.⁶

tsúpé, aplicado a la gente de piel decididamente blanca, cuyos referentes prototípicos son los estadounidenses.

⁵ Consúltese de Jacques Soustelle: *La famille otomí-pame du Mexique Central*, París, Institut d'Ethnologie, 1937. De ella existen dos traducciones al castellano, ambas publicadas en 1993, una del Instituto Mexiquense de Cultura y la Universidad Autónoma del Estado de México, y la otra del Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos y el Fondo de Cultura Económica.

⁶ E. Fernando Nava L.: “Los chichimecas”, en *Etnografía contemporánea de los pueblos indígenas de México; Región Centro* (Marcela Villegas Rodríguez, coord.), México, INI, 1995, p. 11. Por su parte, Rudolf van Zantwijk propone que la complejidad